

Versión Imagen

Otra Cara de la Resistencia*

• Ramón Aizpurua A.

Escuela de Historia/UCV

Hablar de RESISTENCIA en la historia de la AMERICA ESPAÑOLA resulta fácil e inevitable en las circunstancias actuales, sino también necesario, bien sea por razones como la muy militante defensa de las culturas aborígenes, bien sea con el fin de aclarar la tan distorsionada imagen que tenemos de nuestro pasado, y que todavía tenemos de nosotros mismo.

Sin embargo, no es mi interés, en este momento, recoger ordenadamente la lista de atrocidades llevadas a cabo por los españoles y el resto de sus compinches europeos en los tres largos siglos de lo que llamamos colonia, pues no haría sino repetir lo que han hecho todos los pueblos invasores, tecnología mediante, con los pueblos y culturas invadidas.

El hecho de que la población invadida no fuese objeto permanente y único de la violencia de los invasores europeos durante los tres siglos en cuestión, pues en algunos casos prontamente aniquilada, y en otros asimilada a algo que estaría formándose (lo que alguien ha llamado, chauvinistamente, raza cósmica, por decir algo), no niega que dicha población, y la que la continuó, no se hubiese opuesto o resistido a la invasión, con suerte diversa. Más bien, lo que quedó de la vieja población, por un lado, y la nueva que se formó, por otro, probablemente fueron dramáticamente moldeadas por la resistencia a la invasión hispanoeuropea. Pero para entender con más claridad, creo que es necesario hacer algunas precisiones:

1) la llegada de los españoles a América forma parte de un proceso, confuso desde afuera, poco perceptible desde dentro, que por fin parecía llegar a su culminación, proceso que se suponía pasar de una cultura que, más o menos, se conformaba en sí misma, autárquica en cuanto pudiese, independiente, a otra que, más o menos otra vez, sólo se satisfacía en cuanto crecía, excedentaria, dependiente.

* Este artículo fue presentado como ponencia al III Encuentro-debate La Resistencia en la Conquistadora y la Colonia de América, celebrado en Barcelona, España, entre el 21 y el 23 de noviembre de 1991.

2) la invasión hispanoeuropea a este lado del océano no fue una invasión de personas sino una invasión de modos de vida, de algo que podría denominarse el MUNDO EUROPEO-OCCIDENTAL, llevada a cabo por personas; las personas, los invasores, fueron tan sólo agentes de la invasión.

3) dichos agentes, los invasores castellanos, una vez más en forma confusa y confundida, buscaban allende los mares riqueza, gloria, aventura, el camino a dios o simplemente que los dejase en paz. Por ello, fueron los primeros en traer la nueva cultura a América; sin embargo, eran atrasados con respecto a la nueva cultura, a lo que occidente aquí se jugaba. Ello fue determinante en la formación de la sociedad americana.

4) desde el principio, lo que pasó en América, y más adelante lo que en ella se formó, fue algo nuevo, distinto, no sólo probablemente en lo que podría pensarse con respecto a otras invasiones, sino sobre todo con respecto a lo que era occidente: sin saberlo, los aborígenes, y luego los americanos, formaron parte fundamental del laboratorio que fue el nuevo mundo, sin saberlo, tal vez, se jugaba su última carta la sociedad autosuficiente, que nunca insuficiente.

Creo que, en gran medida, lo que se ha dado en llamar la SOCIEDAD COLONIAL fue expresión, por un lado, y rechazo, por otro, de la invasión: expresión del nuevo orden que se vislumbraba, rechazo a lo que intangiblemente se estaba jugando en América. Esta duplicidad de características de debió a que, precisamente, España y los invasores fueron adelantados a su proceso, cortesía del accidente colombino, lo que explica precisamente la debilidad española en sus colonias, aunque también el fuerte y diverso rechazo a la violencia que caracterizó a la misma sociedad.

Los países que cubrieron lo que actualmente son muestra y ejemplo claro de lo que trato de apuntar. Desde luego, hablar de Venezuela en la época colonial es un anacronismo, pues no existía una unidad como tal, ni económica, ni gubernativa, ni estrictamente, cultural, que recogiese los países que hoy día cubrirían tal nación. Tampoco resulta correcto hablar de una unidad, cualquiera que fuese la dimensión de los territorios estudiados: la presencia e implantación española no fue lo mismo en los más importantes centros urbanos que en las comarcas rurales, ni lo mismo en los valles centrales que en la escarpadas costas o cordilleras que tanto cubren el territorio venezolano (de la misma manera que es insensato pensar en una equivalente implantación española en Nueva España y en Venezuela, p.e.). Más bien, se podría decir que el siglo dieciocho supone el intento, por parte de las autoridades españolas, de forma tal unidad. Precisamente,

dicho intento, que comienza ya corrido un cuarto de siglo, va a generar un tipo de resistencia que se va a hacer característico: el rechazo a algo así como la NUEVA CONQUISTA, no ya de los viejos pobladores, aniquilados, asimilados o marginados, sino de los nuevos pobladores que tras dos siglos de relegación han desarrollado un sólido vínculo con Curazao, una de las pequeñas pero estratégicas posesiones de los Países Bajos en el Caribe.

Por otro lado, muestras o señales de rechazo al sistema implantado pueden ser las incontrolables simarroneras, una buena parte del sistema del contrabando que funcionaba dentro de los territorios venezolanos, la peculiar sociedad llanera, la persistencia de regiones aparentemente inconquistables, como por ejemplo la península Guajira y la sierra de Perijá, donde habitaban (y habitan) guajiros, motilones, aliles, labriles y otros grupos indígenas "rebeldes", o de, también, regiones inmaculadas, como el elusivo El Dorado; la persistencia y la consecuente fragilidad de las misiones, que cubrían más de dos tercios del territorio en cuestión, no hacen sino confirmar la resistencia y el rechazo.

Sin embargo, la resistencia que quiero destacar es la que tiene que ver con la incierta vinculación venezolana a España, y la más real vinculación, no ya con los Países Bajos, sino con los curazoleños, fundamentalmente judíos sefardíes provenientes de europa o de colonias no españolas en el Caribe, y que se dedicaban al comercio en todo el mar de las Antillas. Las provincias de Venezuela, Maracaibo, Cumaná y las islas de Margarita y Trinidad (la Provincia de Guayana en menor medida), estuvieron vinculadas a los curazoleños por fuertes nexos comerciales desde, por lo menos, 1674, cuando comenzó a funcionar por segunda vez la compañía de la Indias Occidentales neerlandesas, y la propia isla pasó a ser el primer puerto franco del Caribe. No fueron los países venezolanos los únicos que aprovecharon ambas circunstancias, pero sí fueron, especialmente la Provincia de Venezuela, los que más significaron para el nuevo status curazoleño, a la par que contribuyeron sustancialmente al boom que vivió dicha isla por casi un siglo; así, dentro de una perfecta simbiosis, ambos, Curazao y *Venezuela*, prácticamente formaron una unidad que resultó difícil deshacer. En este sentido quizás el primer intento pasó por el contrato celebrado entre la Diputación de Guipuzcoa y los comerciantes de donostiarra con la Corona española, a fin de asegurar el intermedio español de la producción de cacao caraqueño, abundantemente consumido por los peninsulares, en desmedro del prevaleciente y natural intermedio curazoleño-holandés, que ya había alarmado a las autoridades españolas. Condición expresa y necesaria para la reorientación del comercio cacaotero caraqueño fue el combate del contrabando, de modo que los esfuerzos

y medios desplegados por los guipuzcoanos condujeron no solamente a arrinconar, en época de paz internacional y tranquilidad interna, al contrabando curazoleño, sino a llevar el orden colonial, a unos países que hasta entonces, y por un largo período, habían vivido casi siguiendo el ritmo de su propio impulso.

Pero lo curioso es que mientras el comercio del cacao logró ser parcialmente controlado a lo largo de todo el siglo XVIII, otros productos de notoria relevancia, extrañamente olvidados por los historiadores, fueron extraídos por los venezolanos a Curazao, el Caribe, y/o a la Europa no hispana, como el tabaco, los cueros, el brasilete, las mulas, etc. Mucho tiene que ver con ello el hecho de que la Compañía Guipuzcoana no pusiera interés formal o continuo en comerciar con tales productos, pero cierto es también que los productores y comerciantes venezolanos buscaron siempre una alternativa distinta a la española, fuese guipuzcoana o no, sobre todo los que vivían alejados de las principales ciudades. Cuando la Guipuzcoana profundizó su presencia en el interior de la región, prácticamente en la misma medida se produjeron conflictos sociales y políticos, pues atentaban contra un sistema de vida que no conocía ni reconocía el control colonial.

La lista de tales conflictos es extensa, y comienza desde la misma presencia del Factor principal, Pedro José de Olavarriaga, que llega a Caracas a mediados de 1730. Este personaje (cuyo conocimiento de la provincia de Venezuela fue clave para la formación de la Compañía Guipuzcoana, pues la había inspeccionado con cuidado entre los años 1720 y 1721, cuando fue nombrado Juez Pesquisidor por Jorge de Villalonga, primer Virrey de Nueva Granda), encontró no sólo resistencia en la oligarquía caraqueña para poder comprar el cacao que debía llevar a España, sino, incluso, para poder vender a los hacendados de la provincia acciones de la propia compañía, al ser obstaculizada la gestión que sobre ello estaba adelantando el propio Olavarriaga en, por ejemplo, Barquisimeto. La presencia de una entidad con gran capital, mayores prerrogativas y un contingente armado mayor que el militar de las propias autoridades, ampliamente ocasionó un enfrentamiento con los llamados "grandes cacaos" que duró toda su existencia, y con especial virulencia hasta 1750. Lo que estaba en juego no sólo era el control del comercio del cacao con España, sino especialmente el comercio del mismo producto con Nueva España, y sobre todo el papel hegemónico en los manejos de la propia acción del gobierno.

Desde luego, no pararon allí los problemas de la guipuzcoana pues interminables fueron, también, los enfrentamientos que tuvo con los pequeños productores, marginados del comercio veracruzano (verdadero monopolio de los

"grandes cacaos" caraqueños), y que por lo tanto habían formado un extraordinario vínculo comercial con los judíos de curazao, que llegaba a las costas de Venezuela (especialmente lo que se conocí como costa de Caracas) a cambiar el cacao de los productores de las haciendas costeras o lo del interior de la provincia les llegaba (cacao, tabaco, cueros, mulas, sebo, tasajo, palos tintóreos, etc.) los comerciantes-contrabandistas nativos, a la misma costa, a los que persiguió la Compañía con lo que se llamo el resguardo del mar y el resguardo de tierra, que funcionaron por esfuerzo e inversión propia o con la ayuda del Gobernador de la provincia de Venezuela. Alzamiento, tumultos, etc., como los de Panaquires o Barquisimeto, en la década de los cuarenta, son muestras de dichos enfrentamientos.

Tampoco acabaron aquí los conflictos que generó la presencia de la Guipuzcoana en la provincia de Venezuela, pues "logró" que se le opusieran no sólo esclavos cimarrones y población que podría llamarse marginal, sino las mismas autoridades de la provincia, especialmente las que se encontraban esparcidas en los pequeños pueblos y valles del interior, en los que la presencia de los hombres de la Guipuzcoana, de armas o de comercio, condujo al final de manejos y privilegios que hasta entonces habían funcionado en forma tan natural que pronto se hicieron inevitables; tal es el levantamiento de Andresote, tan pronto como en 1731, en una región poco controlada por las autoridades coloniales, alrededor de lo que luego sería San Felipe, singular zona misional en el norte de la provincia, y los permanentes problemas con las autoridades medias de la provincia en los valles costeros lo menores, por ejemplo tenientes de justicia, autoridades portuarias, fiscales, etc.

Lo que en seguida mostró la presencia y funcionamiento de la Compañía Guipuzcoana en la provincia de Venezuela fue (al margen de la, en cierta medida y en ciertos renglones, eficiencia de su funcionamiento) la incidencia que podía tener el intento de controlar una sociedad que estaba acostumbrada a una existencia de espalda, o simplemente ignorando, al sistema colonial español; sería exagerado decir que Venezuela no era una colonia española, que sí lo fue, pero también sería exagerado seguir entendiendo las «sociedades coloniales» dentro de los clásicos patrones que niegan no sólo que, a la vez, también eran coloniales con respecto a otras potencias europeas, especialmente en el aspecto económico, sino también que ellas vivían en buena medida a su propio ritmo, que no sólo rechazaban una mayor presencia y presión colonial, sino que podían vivir al margen de ellas, acudiendo al velo protector que podría suponer en algunas ocasiones las instituciones monárquicas, cuando así convenía a ciertos sectores sociales, secto-

res que en general soliviantaban a la población en contra de los intentos de mayor control, cuando más valía mostrar el rechazo a la presión.

Más bien, sería revelador aclarar que la cercanía de colonias holandesas, francesas e inglesas permitían una muy frecuente e importante presencia de no hispanos en los territorios de venezolanos, sobre todo en las costas de Coro, de Caracas o de Barlovento, que propiciaban un intercambio comercial, que por lo menos y en la mayor parte del tiempo, duplicaba el llevado a cabo por la Guipuzcoana, y sobre unos productos que, salvo muy tardíamente y en forma muy reducida, ésta no aprovechó. El comercio en cuestión que prácticamente supondría la mayor parte de la producción del tabaco de Barinas, cotizado en el mercado de Amsterdam junto al cacao de Caracas, una buena parte de este último, así como los cueros de res, el palo de brasil y otros tintóteos, las mulas e infinidad de otros productos, muchos de consumo diario en las casas caribeñas, habla claramente de una marginación de lo hispano en la vida venezolana, a la par que magnifica el papel de otras potencias europeas en ella. Si se pudiese detallar el funcionamiento de las relaciones comerciales existentes entre la población de la costa venezolana y los curazoleños, judíos sefardíes en su mayoría, por largas temporadas en dichas costas; si se detallase la respuesta dada por la población costera al combate del contrabando llevado a cabo por la Guipuzcoana, de características espectaculares, se podría evidenciar, también la complicidad (transgrediendo de toda normativa real) de los venezolanos y los curazoleños, en contra de los guipuzcoanos, o más tarde de las autoridades oficiales; si se pudiese evaluar la vestimenta de la población venezolana, quedaría comprobada la dependencia de la región a Holanda; si se pudiesen seguir los viajes realizados por los venezolanos "pata en el suelo" (esclavos incluidos), se podría ver que casi todos ellos, tarde o temprano, pasaban por Curazao (a espaldas de la ley); si se pudiesen seguir los rumbos de las embarcaciones que hacían la carrera de Veracruz o la de Canarias, quedaría claro cómo ellas paraban en la isla (contra las cédulas y ordenanzas reales) a descargar lo que se embarcaba fuera de registro en el puerto de la Guaira. La lista se haría interminable si los historiadores pudiesen cubrir con suficiente solvencia lo que la documentación muestra o ilustra pero la simple intersección de todo lo apuntado no podría evadir concluir que la costa de Caracas, o la provincia de Venezuela, o la Venezuela de la época (más allá) vivía al margen de lo que supondría el MUNDO ESPAÑOL, en una muestra de evidente rechazo a un sistema del que ellos formaban parte, e involuntariamente habían contribuido a formar, como ejercicio de laboratorio.

Así, y generalizando, en el siglo XVIII, la sociedad colonial venezolana se presenta como una sociedad que vive con los patrones y valores culturales occidentales de la época (pero, obviamente, no solamente ello), pero también como una que logra liberarse del peso que, en cierta medida, impone dicha cultura, consecuencia de la mezcla, obviamente que de sangre también, del ritmo vital que suponía la situación colonial y la situación de marcada independencia, hija ésta del adelantamiento español.

Ello puede suponer que tengan que verse de manera distinta muchas situaciones de nuestro pasado colonial, pero también que tengan de repensarse conceptos básicos que canalizan nuestro análisis del mismo. Tal es el caso de, por ejemplo, lo que se ha dado en llamar la CRISIS DE LA SOCIEDAD COLONIAL, que hasta ahora ha sido simplificada por la concepción global que se entiende de lo que fue el imperio español; se ha dicho, con mejor o peor fortuna, que dicha crisis era una crisis integral, lo que ahora los analistas denominaron agotamiento del modelo, colonial en este caso, pero lo que habría que determinar es en qué medida no fue, más bien, el agotamiento de una primera versión del colonialismo, que sería el caso español, que propiciaba y potenciaba estructuralmente la resistencia, al no poder cubrir sino una parcela del control que supondría el colonialismo, a veces en varias esferas de lo social (la política, la económica, la cultura), pero haciéndolo en forma tal que el margen de resistencia, desde adentro, al control político, por ejemplo, fuese muy amplio, aceptándolo sólo en sus aspectos más formales, no digamos los económicos.

Así, el proceso de universalización del MUNDO EUROPEO-OCCIDENTAL en su primera fase (más o menos entre el siglo XV y a mediados del XIX) podría simplificarse en varias modalidades, a veces coexistentes, a veces secuenciales: el colonialismo típicamente hispánico, que genera una "nueva" sociedad; el colonialismo inglés en Norteamérica, que es una prolongación repotenciada de la sociedad inglesa; el enclave productor inglés en el caribe, las Sugar Islands, el colonialismo holandés-inglés en el sur y sudeste asiático, en base a las compañías coloniales. En su segunda fase, la citada universalización no necesitaría tanto la presencia político-militar, bastarían los agentes comerciales y manos férreas a la hora de presionar, nunca negociar, con las nuevas sociedades, que tras liberarse de las amarras formales de la metrópolis formal, no han podido articular un estado, y cuyas élites se encuentran, más, preocupadas por el gobierno.

En el caso venezolano, el verdadero modelo colonial, esta segunda fase de la universalización, se hace patente una vez que se ha logrado eso que se ha dado en llamar la independencia, cuando la «independencia» formal dará paso a la de-

pendencia de fondo, en la que supuestas libertades políticas esconden el trasfondo del asunto, la solución a los dictámenes del mundo europeo-occidental, al nuevo tipo de vida en el que el comercio ya nos será un fin en sí mismo sino un mecanismo de dominación, un mecanismo de garantía de la preminencia europea. La concientización de esta circunstancia era más difícil de lograr, por lo que el rechazo deberá correr por canales distintos, deberá comenzar por desenmascararse... lamentablemente, el nuevo colonialismo, al contrario del viejo, del español, no ha resultado ser un TIGRE DE PAPEL, todavía perdura y parece que irremediablemente.

Versión Texto

Otra Cara de la Resistencia*

Ramón Aizpurúa A.

Escuela de Historia/UCV

Hablar de RESISTENCIA en la historia de la AMERICA ESPAÑOLA resulta fácil e inevitable en las circunstancias actuales, sino también necesario, bien sea por razones como la muy militante defensa de las culturas aborígenes, bien sea con el fin de aclarar la tan distorsionada imagen que tenemos de nuestro pasado, y que todavía tenemos de nosotros mismos.

Sin embargo, no es mi interés, en este momento, recoger ordenadamente la lista de atrocidades llevadas a cabo por los españoles y el resto de sus compinches europeos en los tres largos siglos de lo que llamamos colonia, pues no haría sino repetir lo que han hecho todos los pueblos invasores, tecnología mediante, con los pueblos y culturas invadidas.

El hecho de que la población invadida no fuese objeto permanente y único de la violencia de los invasores europeos durante los tres siglos en cuestión, pues en algunos casos prontamente aniquilada, y en otros asimilada a algo que estaría formándose (lo que alguien ha llamado, chauvinistamente, raza cósmica, por decir algo), no niega que dicha población, y la que la continuó, no se hubiese opuesto o resistido a la invasión, con suerte diversa. Más bien, lo que quedó de la vieja población, por un lado, y la nueva que se formó, por otro, probablemente fueron dramáticamente moldeadas por la resistencia a la invasión hispanoeuropea. Pero para entender con más claridad, creo que es necesario hacer algunas precisiones:

1) la llegada de los españoles a América forma parte de un proceso, confuso desde afuera, poco perceptible desde dentro, que por fin parecía llegar a su culminación, proceso que se suponía pasar de una cultura que, más o menos, se conformaba en sí misma, autárquica en cuanto pudiese, independiente, a otra

* Este artículo fue presentado como ponencia al III Encuentro-debate La resistencia en la Conquista y la Colonia de América, celebrado en Barcelona, España, entre el 21 y el 23 de noviembre de 1991.

que, más o menos otra vez, sólo se satisfacía en cuanto crecía, excedentaria, dependiente.

2) la invasión hispanoeuropea a este lado del océano no fue una invasión de personas sino una invasión de modos de vida, de algo que podría denominarse el MUNDO EUROPEO-OCCIDENTAL, llevada a cabo por personas; las personas, los invasores, fueron tan sólo agentes de la invasión.

3) dichos agentes, los invasores castellanos, una vez más en forma confusa y confundida, buscaban allende los mares riqueza, gloria, aventura, el camino a Dios o simplemente que los dejases en paz. Por ello, fueron los primeros en traer la nueva cultura a América; sin embargo, eran atrasados con respecto a la nueva cultura, a lo que occidente aquí se jugaba. Ello fue determinante en la formación de la sociedad americana.

4) desde el principio, lo que pasó en América, y más adelante lo que en ella se formó, fue algo nuevo, distinto, no sólo probablemente en lo que podría pensarse con respecto a otras invasiones, sino sobre todo con respecto a lo que era occidente: sin saberlo, los aborígenes, y luego los americanos, formaron parte fundamental del laboratorio que fue el nuevo mundo, sin saberlo, tal vez, se jugaba su última carta la sociedad autosuficiente, que nunca insuficiente.

Creo que, en gran medida, lo que se ha dado en llamar la SOCIEDAD COLONIAL fue expresión, por un lado, y rechazo, por otro, de la invasión: expresión del nuevo orden que se vislumbraba, rechazo a lo que intangiblemente se estaba jugando en América. Esta duplicidad de características se debió a que, precisamente, España y los invasores fueron adelantados a su proceso, cortesía del accidente colombino, lo que explica precisamente la debilidad española en sus colonias, aunque también el fuerte y diverso rechazo a la violencia que caracterizó a la misma sociedad.

Los países que cubrieron lo que actualmente son muestra y ejemplo claro de lo que trato de apuntar. Desde luego, hablar de Venezuela en la época colonial es un anacronismo, pues no existía una unidad como tal, ni económica, ni gubernativa, ni estricta-

tamente, cultural, que recogiese los países que hoy día cubrirían tal nación. Tampoco resulta correcto hablar de una unidad, cualquiera que fuese la dimensión de los territorios estudiados: la presencia e implantación española no fue lo mismo en los más importantes centros urbanos que en las comarcas rurales, ni lo mismo en los valles centrales que en las escarpadas costas o cordilleras que tanto cubren el territorio venezolano (de la misma manera que es insensato pensar en una equivalente implantación española en Nueva España y en Venezuela, p.e.). Más bien, se podría decir que el siglo dieciocho supone el intento, por parte de las autoridades españolas, de formar tal unidad. Precisamente, dicho intento, que comienza ya corrido un cuarto de siglo, va a generar un tipo de resistencia que se va a hacer característico: el rechazo a algo así como la NUEVA CONQUISTA, no ya de los viejos pobladores, aniquilados, asimilados o marginados, sino de los nuevos pobladores que tras dos siglos de relegación han desarrollado un sólido vínculo con Curazao, una de las pequeñas pero estratégicas posesiones de los Países Bajos en el Caribe.

Por otro lado, muestras o señales de rechazo al sistema implantado pueden ser las incontrolables simarroneras, una buena parte del sistema del contrabando que funcionaba dentro de los territorios venezolanos, la peculiar sociedad llanera, la persistencia de regiones aparentemente inconquistables, como por ejemplo la península Guajira y la sierra de Perijá, donde habitaban (y habitan) guajiros, motilones, aliles, labriles y otros grupos indígenas "rebeldes", o de, también, regiones inmaculadas, como el elusivo El Dorado; la persistencia y la consecuente fragilidad de las misiones, que cubrían más de dos tercios del territorio en cuestión, no hacen sino confirmar la resistencia y el rechazo.

Sin embargo, la resistencia que quiero destacar es la que tiene que ver con la incierta vinculación venezolana a España, y la más real vinculación, no ya con los Países Bajos, sino con los curazoleños, fundamentalmente judíos sefardíes provenientes de Europa o de colonias no españolas en el Caribe, y que se dedi-

caban al comercio en todo el mar de las Antillas. Las provincias de Venezuela, Maracaibo, Cumaná y las islas de Margarita y Trinidad (la Provincia de Guayana en menor medida), estuvieron vinculadas a los curazoleños por fuertes nexos comerciales desde, por lo menos, 1674, cuando comenzó a funcionar por segunda vez la compañía de la Indias Occidentales neerlandesas, y la propia isla pasó a ser el primer puerto franco del Caribe. No fueron los países venezolanos los únicos que aprovecharon ambas circunstancias, pero sí fueron, especialmente la Provincia de Venezuela, los que más significaron para el nuevo status curazoleño, a la par que contribuyeron sustancialmente al boom que vivió dicha isla por casi un siglo; así, dentro de una perfecta simbiosis, ambos, Curazao y Venezuela, prácticamente formaron una unidad que resultó difícil deshacer. En este sentido quizás el primer intento pasó por el contrato celebrado entre la Diputación de Guipúzcoa y los comerciantes de donostiarra con la Corona española, a fin de asegurar el intermedio español de la producción de cacao caraqueño, abundantemente consumido por los peninsulares, en desmedro del prevaleciente y natural intermedio curazoleño-holandés, que ya había alarmado a las autoridades españolas. Condición expresa y necesaria para la reorientación del comercio cacaotero caraqueño fue el combate del contrabando, de modo que los esfuerzos y medios desplegados por los guipuzcoanos condujeron no solamente a arrinconar, en época de paz internacional y tranquilidad interna, al contrabando curazoleño, sino a llevar el orden colonial, a unos países que hasta entonces, y por un largo período, habían vivido casi siguiendo el ritmo de su propio impulso.

Pero lo curioso es que mientras el comercio del cacao logró ser parcialmente controlado a lo largo de todo el siglo XVIII, otros productos de notoria relevancia, extrañamente olvidados por los historiadores, fueron extraídos por los venezolanos a Curazao, el Caribe, y/o a la Europa no hispana, como el tabaco, los cueros, el brasilete, las mulas, etc. Mucho tiene que ver con ello el hecho de que la Compañía Guipuzcoana no pusiera interés formal o continuo en comerciar con tales productos, pero

cierto es también que los productores y comerciantes venezolanos buscaron siempre una alternativa distinta a la española, fuese guipuzcoana o no, sobre todo los que vivían alejados de las principales ciudades. Cuando la Guipuzcoana profundizó su presencia en el interior de la región, prácticamente en la misma medida se produjeron conflictos sociales y políticos, pues atentaban contra un sistema de vida que no conocía ni reconocía el control colonial.

La lista de tales conflictos es extensa, y comienza desde la misma presencia del Factor principal, Pedro José de Olavarriaga, que llega a Caracas a mediados de 1730. Este personaje (cuyo conocimiento de la provincia de Venezuela fue clave para la formación de la Compañía Guipuzcoana, pues la había inspeccionado con cuidado entre los años 1720 y 1721, cuando fue nombrado Juez Pesquisidor por Jorge de Villalonga, primer Virrey de Nueva Granada), encontró no sólo resistencia en la oligarquía caraqueña para poder comprar el cacao que debía llevar a España, sino, incluso, para poder vender a los hacendados de la provincia acciones de la propia compañía, al ser obstaculizada la gestión que sobre ello estaba adelantando el propio Olavarriaga en, por ejemplo, Barquisimeto. La presencia de una entidad con gran capital, mayores prerrogativas y un contingente armado mayor que el militar de las propias autoridades, ampliamente ocasionó un enfrentamiento con los llamados "grandes cacaos" que duró toda su existencia, y con especial virulencia hasta 1750. Lo que estaba en juego no sólo era el control del comercio del cacao con España, sino especialmente el comercio del mismo producto con Nueva España, y sobre todo el papel hegemónico en los manejos de la propia acción del gobierno.

Desde luego, no pararon allí los problemas de la guipuzcoana pues interminables fueron, también, los enfrentamientos que tuvo con los pequeños productores, marginados del comercio veracruzano (verdadero monopolio de los "grandes cacaos" caraqueños), y que por lo tanto habían formado un extraordinario vínculo comercial con los judíos de Curazao, que llegaba a las costas de Venezuela (especialmente lo que se conocía como

costa de Caracas) a cambiar el cacao de los productores de las haciendas costeras o lo del interior de la provincia les llegaba (cacao, tabaco, cueros, mulas, sebo, tasajo, palos tintóreos, etc.) los comerciantes-contrabandistas nativos, a la misma costa, a los que persiguió la Compañía con lo que se llamó el resguardo del mar y el resguardo de tierra, que funcionaron por esfuerzo e inversión propia o con la ayuda del Gobernador de la provincia de Venezuela. Alzamiento, tumultos, etc., como los de Panaquire o Barquisimeto, en la década de los cuarenta, son muestras de dichos enfrentamientos.

Tampoco acabaron aquí los conflictos que generó la presencia de la Guipuzcoana en la provincia de Venezuela, pues "logró" que se le opusieran no sólo esclavos cimarrones y población que podría llamarse marginal, sino las mismas autoridades de la provincia, especialmente las que se encontraban esparcidas en los pequeños pueblos y valles del interior, en los que la presencia de los hombres de la Guipuzcoana, de armas o de comercio, condujo al final de manejos y privilegios que hasta entonces habían funcionado en forma tan natural que pronto se hicieron inevitables; tal es el levantamiento de Andresote, tan pronto como en 1731, en una región poco controlada por las autoridades coloniales, alrededor de lo que luego sería San Felipe, singular zona misional en el norte de la provincia, y los permanentes problemas con las autoridades medias de la provincia en los valles costeros los menores, por ejemplo tenientes de justicia, autoridades portuarias, fiscales, etc.

Lo que enseguida mostró la presencia y funcionamiento de la Compañía Guipuzcoana en la provincia de Venezuela fue (al margen de la, en cierta medida y en ciertos renglones, eficiencia de su funcionamiento) la incidencia que podía tener el intento de controlar una sociedad que estaba acostumbrada a una existencia de espalda, o simplemente ignorando, al sistema colonial español; sería exagerado decir que Venezuela no era una colonia española, que sí lo fue, pero también sería exagerado seguir entendiendo las «sociedades coloniales» dentro de los clásicos patrones que niegan no sólo que, a la vez, también eran colonia-

les con respecto a otras potencias europeas, especialmente en el aspecto económico, sino también que ellas vivían en buena medida a su propio ritmo, que no sólo rechazaban una mayor presencia y presión colonial, sino que podían vivir al margen de ellas, acudiendo al velo protector que podría suponer en algunas ocasiones las instituciones monárquicas, cuando así convenía a ciertos sectores sociales, sectores que en general soliviantaban a la población en contra de los intentos de mayor control, cuando más valía mostrar el rechazo a la presión.

Más bien, sería revelador aclarar que la cercanía de colonias holandesas, francesas e inglesas permitían una muy frecuente e importante presencia de no hispanos en los territorios de venezolanos, sobre todo en las costas de Coro, de Caracas o de Barlovento, que propiciaban un intercambio comercial, que por lo menos y en la mayor parte del tiempo, duplicaba el llevado a cabo por la Guipuzcoana, y sobre unos productos que, salvo muy tardíamente y en forma muy reducida, ésta no aprovechó. El comercio en cuestión que prácticamente supondría la mayor parte de la producción del tabaco de Barinas, cotizado en el mercado de Ámsterdam junto al cacao de Caracas, una buena parte de este último, así como los cueros de res, el palo de brasil y otros tintóteos, las mulas e infinidad de otros productos, muchos de consumo diario en las casas caribeñas, habla claramente de una marginación de lo hispano en la vida venezolana, a la par que magnifica el papel de otras potencias europeas en ella. Si se pudiese detallar el funcionamiento de las relaciones comerciales existentes entre la población de la costa venezolana y los curazoleños, judíos sefardíes en su mayoría, por largas temporadas en dichas costas; si se detallase la respuesta dada por la población costera al combate del contrabando llevado a cabo por la Guipuzcoana, de características espectaculares, se podría evidenciar, también la complicidad (transgrediendo de toda normativa real) de los venezolanos y los curazoleños, en contra de los guipuzcoanos, o más tarde de las autoridades oficiales; si se pudiese evaluar la vestimenta de la población venezolana, quedaría comprobada la dependencia de la región a Holanda; si se pudie-

sen seguir los viajes realizados por los venezolanos "pata en el suelo" (esclavos incluidos), se podría ver que casi todos ellos, tarde o temprano, pasaban por Curazao (a espaldas de la ley); si se pudiesen seguir los rumbos de las embarcaciones que hacían la carrera de Veracruz o la de Canarias, quedaría claro cómo ellas paraban en la isla (contra las cédulas y ordenanzas reales) a descargar lo que se embarcaba fuera de registro en el puerto de La Guaira. La lista se haría interminable si los historiadores pudiesen cubrir con suficiente solvencia lo que la documentación muestra o ilustra pero la simple intersección de todo lo apuntado no podría evadir concluir que la costa de Caracas, o la provincia de Venezuela, o la Venezuela de la época (más allá) vivía al margen de lo que supondría el **MUNDO ESPAÑOL**, en una muestra de evidente rechazo a un sistema del que ellos formaban parte, e involuntariamente habían contribuido a formar, como ejercicio de laboratorio.

Así, y generalizando, en el siglo XVIII, la sociedad colonial venezolana se presenta como una sociedad que vive con los patrones y valores culturales occidentales de la época (pero, obviamente, no solamente ello), pero también como una que logra liberarse del peso que, en cierta medida, impone dicha cultura, consecuencia de la mezcla, obviamente que de sangre también, del ritmo vital que suponía la situación colonial y la situación de marcada independencia, hija ésta del adelantamiento español.

Ello puede suponer que tengan que verse de manera distinta muchas situaciones de nuestro pasado colonial, pero también que tengan de repensarse conceptos básicos que canalizan nuestro análisis del mismo. Tal es el caso de, por ejemplo, lo que se ha dado en llamar la **CRISIS DE LA SOCIEDAD COLONIAL**, que hasta ahora ha sido simplificada por la concepción global que se entiende de lo fue el imperio español; se ha dicho, con mejor o peor fortuna, que dicha crisis era una crisis integral, lo que ahora los analistas denominaron agotamiento del modelo, colonial en este caso, pero lo que habría que determinar es en qué medida no fue, más bien, el agotamiento de una primera versión del colonialismo, que sería el caso español, que propi-

ciaba y potenciaba estructuralmente la resistencia, al no poder cubrir sino una parcela del control que supondría el colonialismo, a veces en varias esferas de los social (la política, la económica, la cultura), pero haciéndolo en forma tal que el margen de resistencia, desde adentro, al control político, por ejemplo, fuese muy amplio, aceptándolo sólo en sus aspectos más formales, no digamos los económicos.

Así, el proceso de universalización del MUNDO EUROPEO-OCCIDENTAL en su primera fase (más o menos entre el siglo XV y a mediados del XIX) podría simplificarse en varias modalidades, a veces coexistentes, a veces secuenciales: el colonialismo típicamente hispánico, que genera una "nueva" sociedad; el colonialismo inglés en Norteamérica, que es una prolongación repotenciada de la sociedad inglesa; el enclave productor inglés en el caribe, las Sugar Islands, el colonialismo holandés-inglés en el sur y sudeste asiático, en base a las compañías coloniales. En su segunda fase, la citada universalización no necesitaría tanto la presencia político-militar, bastarían los agentes comerciales y manos férreas a la hora de presionar, nunca negociar, con las nuevas sociedades, que tras liberarse de las amarras formales de la metrópolis formal, no han podido articular un estado, y cuyas élites se encuentran más preocupadas por el gobierno.

En el caso venezolano, el verdadero modelo colonial, esta segunda fase de la universalización, se hace patente una vez que se ha logrado eso que se ha dado en llamar la independencia, cuando la «independencia» formal dará paso a la dependencia de fondo, en la que supuestas libertades políticas esconden el trasfondo del asunto, la solución a los dictámenes del mundo europeo-occidental, al nuevo tipo de vida en el que el comercio ya no será un fin en sí mismo sino un mecanismo de dominación, un mecanismo de garantía de la preminencia europea. La concientización de esta circunstancia era más difícil de lograr, por lo que el rechazo deberá correr por canales distintos, deberá comenzar por desenmascararse... lamentablemente, el nuevo colonialismo, al contrario del viejo, del español, no ha resultado ser

un TIGRE DE PAPEL, todavía perdura y parece que irremediablemente.